

muy fría y una pobre boda de campesinos desfilando alegremente, con música, á la hora del crepúsculo, por delante de los Beduinos y de los camellos.

A la caída de la tarde montamos á caballo para volver á buen paso á Orán.

Por el lado del poniente el cielo está verde como un resplandor fosfórico. Cuando se acaba de abandonar la Francia, durante el invierno, se necesitan dos ó tres días para acostumbrar la vista á la luz penetrante de este país.

Es ya noche cerrada cuando llegamos á la población. Los comercios europeos y las tiendecillas árabes están iluminados. Los marineros, los spahis y los zuavos hacen mucho ruido por las calles, y todas esas muchachas morenas de hermosos ojos negros, moras ó judías, que los llaman desde sus puertas, me causan ¡ay! cierta turbación... Plumkett me habla y yo no le escucho; le contestó cualquier cosa, un absurdo; mi espíritu no puede seguir al suyo. Y estas criaturas y esta primavera y esta vida ardiente y libre y los eflúvios penetrantes de este país se me suben por instantes á la cabeza y me embriagan.

Después pienso que Suleima personifica esta gran agitación inesperada; tiemblo pensando de repente que está aquí, dispuesta á entregármese si yo lo quiero. Sin embargo, cierto pudor me contiene, sobre todo, delante de Plumkett, que vé siempre demasiado claro lo que yo le querria ocultar. Y ade-

más, ese género de amor, que es preciso conocer, me confunde y me hace dudar de todo... Me encuentro aún un poco embriagado esta tarde, por efecto de mi vuelta á Argelia, por el sol espléndido, por todos los perfumes de esta primavera árabe. Ya sé que es cuestión del primer momento; mañana se me habrá pasado. Intentaré olvidar á esa muchacha, siquiera por respeto á otras que han pasado antes que ella por mi corazón y á las que amo todavía...

Plumkett quiere ir al baño moruno, y allí empezamos á pelearnos. El quiere acostarse en el baño; á mí me parece un absurdo y quiero volver á Mers-el-Kébir.

En esta discusión gastamos mucho tiempo, y resulta de ella que no encontramos carruaje en la plaza de Orán. Es preciso recorrer á pié, entre once y doce de la noche, el largo camino de Mers-el-Kébir. El tiempo se ha nublado: la noche está oscura. No es muy prudente emprender este paseo sin haber cogido ni siquiera un paraguas. Plumkett pretende que yo tengo la culpa,— y yo comprendo que tiene razón, cuando empieza á llover. Convencido de mi falta, me pongo cada vez más insoportable. El me escucha con su tranquilidad de filósofo que me exaspera. La imagen de Suleima me persigue, y pienso en dejarle sólo y retroceder hacia Orán.

En fin, ya hemos llegado al puerto de Mers-el-Kébir;

despertamos á un barquero, y con la mar picada, bajo una lluvia torrencial, nos metemos en una lancha que se llena de agua. Llegamos á bordo mojados y de un humor incapaz.

## IV

*Mers-el-Kébir 6 de Abril.*

Lluvia fina y tiempo nublado hasta por la tarde. Paso el día entero en Orán, donde estoy sólo como deseaba; pero la lluvia todo lo cambia, la atracción ha pasado y el encanto no existe ya.

Sin embargo, ¡ay! he dicho á Suleima que me espere en la Kasbah esta noche á las diez.

Cinco de la tarde.—Los otros oficiales de á bordo se preparan para volver á Mers-el-Kébir, y me preguntan si voy también con ellos. Resueltamente respondo que sí; subo al coche y partimos juntos.

## V

Después de comer, subí al puente, miré allá abajo en dirección de Orán y cambié de resolución. Esta

clase de resoluciones siempre se las lleva la noche tibia cuando se extiende.

La lluvia ha pasado.

El cielo está aún sombrío con largas bandas de nubes opacas, de un gris lívido, que parecen estar muy arriba, muy lejos de nuestro mundo. El viento viene del lado de tierra y la húmeda montaña nos envía sus más fuertes aromas.

Ya es tarde. Aun encuentro en el muelle de Mers-el-Kébir un cochecillo abierto, tirado por dos animales flacos. El viento de la carrera me azota la cara agradablemente durante una media hora, hasta que llegamos á las puertas de la ciudad. Subo á pie al barrio moruno, y allí está Suleima esperándome en el punto convenido, en una obscura encrucijada.

La calle donde Suleima vive es una calleja muy antigua, empinada sobre el borde de un barranco, que por la noche parece que no tiene fondo.

En Orán no se encuentran, como en Argel, esas bellas habitaciones moriscas de otros tiempos, que conservan en su decrepitud el encanto de su muerto esplendor. La casa de Suleima es sórdida y miserable.

Atravesamos un Patio de los Milagros, después oscuros pasillos por los que ella me lleva de la mano, y subimos por una escala. Yo me dejo conducir aprisionando en la obscuridad aquella fragil mano

de muchacha: me impresiona verdaderamente esta manecita de prostituta, porque he visto de día que lleva *henneh* en las uñas, como otra mano oriental que yo he adorado.

Un granero con una estera, un colchón blanco y una colcha árabe: he aquí la habitación de Suleima. Enciende una lamparilla de cobre que hay en el suelo, y después me hace seña de que estamos en nuestra casa.

Yo, medio echado sobre la cama, contemplo á Suleima que está de pié delante de mí, vagamente iluminada por la llama de la lámpara. Con su largo traje blanco aparece esbelta como una forma griega; ha levantado los brazos desnudos por encima de la cabeza, y su sombra, que sube hasta el negro techo, parece la sombra de un ánfora.

Me mira sonriendo, y su sonrisa es dulce y buena; su mirada no tiene el verdadero descaro de la calle, revela así como un cinismo aprendido, una cosa que no le es natural.

Con sus ojos demasiado grandes y la regularidad esquisita de sus líneas, tiene esta noche todo el aspecto de una madona morena.—Sin duda no sabe aún bien su oficio, porque de otro modo, es seguro que sería menos pobre.

Cuando anda por la habitación, tiene ese ligero balanceo de caderas que constituye toda la gracia de

una mujer, y que entre nosotros, los altos tacones y los calzados estrechos, han cambiado en un no se qué artificial; las mujeres antiguas debían tener ese movimiento suave, que no es posible más que con los piés desnudos.

Sus vestidos están impregnados de ese olor que tienen todas las mujeres del Oriente, hasta las más pobres. Parece también que ella siente el desierto,—y sus movimientos de muchacha nerviosa, delgada todavía, tienen por instantes una ligereza y una elasticidad de saltamontes.

Hay dos ó tres eternas preguntas que se cambian siempre entre dos seres que van á entregarse el uno al otro, cuando no se han aproximado enteramente por vicio, cuando hay aún en ellos un poco de ese algo que se llama el alma. Desean saber de dónde proceden, qué son, qué han sido. Esta curiosidad es un resto de pudor, y como una aspiración hacia el verdadero amor.

Hablamos en un caló un poco español, que dice ha aprendido con las niñas judías; y mezcla en la conversación las duras aspiraciones de la lengua del desierto.

.. Los terrones de azúcar á la puerta del café Soubiran...

Sí, ella cree que empieza á recordarlos... ¡Pero era tan pequeña entonces!... Se ha sentado cruzan-

do las piernas, para rebuscar más cómodamente en su memoria y después de pensarlo declara que no; yo le he referido una historia que no puede ser la mía; hace mucho tiempo que eso tenía que haber sucedido y yo no podría parecer tan joven.

Por lo demás, desde aquella época, ella ha pasado una larga temporada en el interior; su padre la volvió á llevar á Biskra, su país, que está muy lejos, en el Sur. Anduvo mucho tiempo á pie y después siguió el camino con una caravana; ella misma iba en un camello con otras damas árabes. Pasaron por el país donde no hay más que arenas...

Sí, yo también conozco ese país donde no hay más que arena.— Me he internado más que Suleima, en el Sudán negro y allí he sufrido bastante.— Le recuerdo perfectamente, á medida que ella me habla de él, con su sencillez de niño. Y mientras se me cierran los ojos y la luz de la lámpara se extingue, veo pasar aquella caravana sobre las arenas rosadas y bajo aquel cielo eternamente azul...

## VI

Algunos grillos cantan en la pared.— Es este un ruido de verano que alegra.

Hacia la media noche oímos moverse algo por abajo. La escala cruje y también se mueve.— Suleima se despierta inquieta: «¿Tienes dinero en los bolsillos?» me pregunta.

Después se levanta para esconderlo bajo nuestra almohada: «¡Mi padre podría venir con su hermano á robártelo!»...

## VII

...Me levanté en cuanto el cielo comenzó á blanquear, porque no quería ver aquel zaquizami donde había dormido. A oscuras todavía, bajé la escala, atravesé un pasillo, tocando las paredes, y después un patio. Abrí una vieja puerta con cerrojo de hierro y salí á la calle.

La Kasbah dormida todavía, olía bien, el aire de la mañana era puro y delicioso...

Se dominaba un barranco lleno de alóes.

Me eché en su orilla. El fondo no podía distinguirse, perdido aún en la obscuridad.

Había en todo lo que me rodeaba una extraña delicadeza de tintas en la escala de los grises, y como una gran potencia de colores en la noche, y además,

raras transparencias en el aire y mares de perfumes de país cálido.

Mis ojos, mal despiertos, conservaban una fatiga ligera y voluptuosa que iba pasando á medida que nacía lentamente la luz.

Un beduino, vendedor de leche de cabra, que dormía en el suelo sobre su albornoz y en medio del rebaño, se despertó para ofrecerme su mercancía.— Todas aquellas enormes borlas de un negro bermejo, que parecían á mi alrededor manchas, que interrumpían el color gris de las cosas, eran sus cabras, que estaban echadas y comenzaban á sacudirse haciendo ruido con su campanillas. Ahora ya las plantas, sobre las cuales me había tendido, y que eran grandes malvas de Argelia, se teñían vivamente de color de rosa.

En aquel silencio de la mañana, se oyó girar una puerta sobre sus goznes y se abrió la primera tienda árabe donde vendían café con buñuelos de miel para los madrugadores. Dos hombres empezaron á cocinar en el interior sobre una débil llama, que ya el día hacía palidecer, y que temblaba como un fuego fátuo.

La luz, la gran luz color de oro y rosa, llegaba rápidamente y arrancaba el recuerdo de aquella noche y de aquel oscuro cuchitril.

Yo aspiraba con delicia el fresco sano de la mañana: me bañaba en aquella pureza, que me producía

una impresión de bienestar físico de intensidad extraordinaria, como una embriaguez de existir...

Extraño rejuvenecimiento que la madrugada trae siempre á los sentidos en los países del sol, y que acaso, después de todo, no es nada, nada, más que una sensación falsa y una ilusión óptica de la vida...

.....

En la puerta de Orán compré grandes ramos de rosas á unas mujeres que iban al mercado, y tomé á buen paso la dirección de Mers-el-Kébir.

A la mitad del camino, una gran nube que ocupaba rápidamente el cielo claro, estalló sobre mi cabeza. Empezó á llover á torrentes y me refugié con mis rosas en una granja española. Pero el tiempo pasaba; á las ocho y media era preciso estar á bordo y haber cambiado de traje para la revista. Tanto peor, volví á emprender el camino bajo aquella cascada, y llegué al *Temerario*, mojado, chorreando, como si saliera de un baño.

Por supuesto, que ya están acostumbrados en el barco á verme hacer entradas semejantes en estos últimos tiempos.

## VIII

*17 de Abril.*

Suleima me confiaba ayer sus proyectos para el porvenir.

¡Pobre muchacha irresponsable, me da lástima!

Hélos aquí: es muy ambiciosa. Ha acumulado ya un poco de dinero, que oculta en un rincón ignorado por su padre. Muy pronto se mandará hacer un collar de muchas filas de luises de oro, dispuestos al estilo Musulmán, y después, llevando su fortuna en el cuello se volverá á marchar al Sur, al círculo de Biskra, donde ha nacido, para encontrar allí un marido que no sepa nada y convertirse en una gran señora de la comarca.

¿Qué he de decir á ésto? Y además, qué clase de reconvencción tendría yo derecho á hacerle, habiendo contribuído también á ese collar de oro!...

## IX

*20 de Abril.*

No hay vida tan agitada como la nuestra.—Sobre el servicio ya complicado de la escuadra, muchas expediciones y muchas caminatas;—á cualquier ho-

ra del día ó de la noche, en coche ó á caballo, con la preocupación perpétua de llegar demasiado tarde, tenemos que recorrer volando los kilómetros que nos separan de Orán;— y, bajo pretexto de fraternizar con el ejército argelino, banquetes á troche y moche con los spahís, los zuavos y los cazadores de Africa.

Me gustan mucho estas montañas rojas de Mers-el-Kébir, este camino de Orán bordeado de alóes, poblado de spahis y beduinos que hacen renacer en mí un mundo de recuerdos de la juventud. Pero aquella especie de embriaguéz de los primeros días, ha pasado por completo. Se ha echado mucho á perder la Argelia desde que la conocí hace diez años, y es más lejos, hácia el sur, donde sería preciso ir á buscarla. Aquí el color ya se ha falsificado, y hay gentes de albornoque que entienden el argot de la frontera; muy pronto se convertirá este país en otro tan frívolo como el nuestro, donde no habrá nada auténtico y verdadero más que el sol.

## X

*25 de Abril.*

...Partíamos al día siguiente, y nuestra última noche acababa de terminar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LECHE  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

A las primeras é inciertas luces del día, me marché, y ya estaba en la escalera por donde se baja desde el tugurio sombrío, cuando Suleima, que parecía estar dormida, se levantó y vino á echarme los brazos al cuello. ¿Qué me quería la pobre chiquita perdida?...

Bien sabía que yo no tenía más dinero y además que no había de volver... El beso de despedida que vino á darme, y que le devolví de buena voluntad, ya no lo había comprado. Por otra parte, no hay Luis de oro que pueda pagar un beso espontáneo dado por una encantadora muchacha de diez y seis años.

Fuera, en la calle, medio dormido, volví á encontrar al beduino echado entre sus cabras, y la tienda que se abría, con los dos moros haciendo sus buñuelos sobre la misma llama de fuego fátuo;—y los aromas que subían del barranco de los alóes y el bienestar, y la frescura deliciosa de la mañana.—Pero me fui de allí con un paso menos vivo que el primer día; esta vez echaba algo de menos: el obscuro zaquizamí.—Y todo el tiempo que anduve por la calle de Mers-el-Kébir iluminado por el hermoso sol naciente, á lo largo de los alóes de un color verde pálido, y de las grandes rocas rojizas, pensé con un poco de tristeza en aquel pobre beso de muchacha abandonada...

Por la tarde dábamos un baile á bordo y por la noche una comida de despedida á los oficiales del ejército argelino.

Después de esta comida, dos alféreces de spahís,—muy agradables por cierto,—á los que Plunkett y yo hemos tomado gran cariño, están un poco alegres y se empeñan en que les hemos de llevar hasta Oran;—dicen que tienen precisamente dos caballos de más, que los esperan en el fuerte de Mers—el-Kébir.

Yo había decidido no volver á tierra antes de la partida;—y además estoy de servicio esta noche; entro de guardia á las doce.

Pero la idea de volver á Oran por última vez, me turba un poco la cabeza. Puesto que podré estar de vuelta á las doce, para la guardia,—¿quién se percibirá de mi salida?...

Vamos, les acompañaremos puesto que lo desean.

En el fuerte de Mers-el-Kébir hay unos veinte caballos ensillados al cuidado de los spahís árabes. En efecto, hay dos demás, y nos vienen perfectamente.

Produce buen efecto ver en la vieja fortaleza hispano-moruna, todos aquellos caballos y todos aquellos albornoces iluminados por la luna. Hay luces plateadas reflejando sobre los grupos árabes y espesas sombras que bajan de las murallas. En aquella noche pura y deliciosa, á través de la transparencia del aire africano, el cuadro aparece muy luminoso y

los objetos como de mayor tamaño; todas aquellas capas blancas y encarnadas, agitadas entre numerosos caballos que piafan impacientes, revelan aún á la verdadera Argelia.—Nosotros vemos de seguro mucho más de lo que hay: nos parece un ejército del profeta,—y en torno nuestro se dibujan á la luz de la luna, aquellos altos macizos de muros almenados, muy bastos en pleno día, como si fueran cosas encantadas.

Los caballos están embriagados de arena, los ginetes de otra cosa. Todo aquello se extremece, logran ponerse en marcha á fuerza de hacer cabriolas, parten al galope, por el camino de los alóes, y atraviesan el pueblo como una fantasía.

Media hora después aquel huracán se desvanece en las puertas de Orán; todo el mundo se ha conservado firme y nada se ha roto.

Por fuerza tengo que estar de vuelta á las doce.

A lo sumo, podré estar unos minutos en Orán: voy en seguida á hacer subir á Plumkett al barrio moruno á pretesto de enseñarle la Kasbah por la noche.

En la parte alta de una antigua y sombría callejuela, al borde de un barranco sin fondo me detengo, miro y busco; pongo el oído en una puerta, toco en ella con los nudillos y después llamo á voces.

—¿Qué hace Vd. Loti? dice Plumkett, á quien el sitio parecía sospechoso.

...Pero no, Suleima no está aquí esta noche. No me esperaba.

A toda prisa tenemos que volver á bajar al barrio francés, tomar un carruaje para Mes-el-Kébir, y dar una buena propina al cochero.

A las doce en punto estoy de vuelta y entro de guardia hasta las cuatro de la mañana, y á las cinco aparejamos para Argel.

## XI

*Alta mar 26 de Abril.*

Encerrado en mi camarote procuro dormir.

Después, me despierto algo triste y subo al puente para mirar la costa de Orán, que aún debe distinguirse.

Ya conozco estas tristezas del despertar, que, ligeras ó profundas, han sido siempre las compañeras de mi vida.

Pero hoy no las esperaba y busco á Plumkett para darle parte de mi estado.



## XII

—«Eso pasará», dijo con gran tranquilidad y como pensando en otra cosa.

—«Ya lo sé yo que pasará.» No sea Vd. estúpido, Plumkett, demasiado me comprende usted. Al fin y al cabo es Vd. irritante, se lo aseguro.

»Esto pasará, qué duda cabe y hasta no hubiera venido sin aquel beso de despedida. Y también puedo decirle á Vd. positivamente, dadas las pocas raíces que puede haber echado,—que dentro de tres días no quedarán ni huellas.

»Pero lo triste es esta convicción,—y este cinismo tranquilo con que hablamos de ello.»

Plumkett y yo tenemos la costumbre de los marinos de dar cien pasos en el mismo sitio y con el mismo pié, girando como dos autómatas.

No nos decimos nada,—como suele suceder, después de haber hablado mucho.—Nos conocemos tan bien y nuestros pensamientos se parecen de tal modo, que ni nos tomamos la molestia de perder tiempo en comunicárnoslos.

Verdaderamente, hay momentos en que siente uno disgusto y fatiga por conocerse tanto, y no sabe á qué lado dirigirse para encontrar aún algo nuevo.

El buque se desliza dulcemente por el azul Mediterráneo y el hermoso sol de las diez de la mañana, inunda nuestras blancas velas...

¿Qué hay de comun entre esa chiquilla árabe y yo?... Porque era bonita nos hemos aproximado, guiados por una de esas atracciones tan antiguas como el mundo, y tan inexplicables como él.

Y esta tristeza de un momento, que me ha dejado y que va á concluir, es para mí un misterio sombrío, por lo mucho que se parece á las penas desgarradoras que he sentido por otras y que han pasado también. Todo esto es siempre lo mismo, aunque se le dé distintos nombres; procede de las mismas causas, ciegas y materiales, y va á parar á los mismos fines.—El amor, el verdadero amor, en el que queremos encontrar algo de divino y de sublime, se parece de tal manera ¡ay! á eso que se compra al paso, que su estrecho parentesco me da miedo...

—¡Era muy bonita, conféselo Vd. Plumkett!

—¡¡¡Parece un saltamontes!

Plumkett encuentra siempre la palabra precisa para designar esas ciertas afinidades que, á veces tie-

nen las personas con los animales ó con las cosas. A mí me irrita que haya ido á encontrar esa palabra que es exacta, y que á mí tambien se me había ocurrido.

Sus ojos grandes, su delgadez de muchacha, la elasticidad, la flexibilidad de sus miembros, su ligereza de bayadera.... á causa de todo esto yo tambien le había dado el nombre de saltamontes (*Djeradah*, en árabe), en su acepción más elevada y más bella.

¡Pobrecito saltamontes del desierto, extraviado por las calles de Orán, destinado al fango final, quién sabe lo que hubiera podido ser educado en otra parte, y no en la calle, á merced de los zuavos!... Aún su beso y su despedida vuelven á mi mente arrojándome en una triste fantasía.

Misterioso encanto de los sentidos y del sol. Porque después de todo, si ella no hubiera sido tan hermosa, y sin esta primavera árabe que me enardece, no nos hubiéramos reunido ni por un momento.— Todo no es más que encanto de la mirada y encanto de la forma, cosa que al fin el tiempo marchita y pudre...

Encima de nuestras cabezas, quemándonos á través de las velas, está este sol radiante, eterno, que siempre y en todas partes he visto sonreír con la misma sonrisa de esfinge, lo mismo ante las pe-

nas vagas, que duran poco, que ante los grandes desgarramientos y las grandes desesperaciones del alma que, ¡ay! pasan también.

Siempre me ha atraído el sol irresistiblemente; le he buscado toda mi vida, por todas partes y en todos los países de la tierra. Aun más que el amor, cambia los aspectos de las cosas y yo todo lo olvido por él, en cuanto aparece. Y en ciertas comarcas del Oriente, donde el cielo está eternamente azul, donde no hay nunca una nube, su presencia continúa me causa una melancolía inexplicable, más íntima y más profunda que la tristeza de las brumas del Norte...

Pero, donde yo me he sentido más cerca de esa personalidad devorante ha sido en Africa, en las arenas de aquel inmenso *Mar-sin-Agua*.

El sol es mi Dios; yo le personifico y le adoro en su forma más antigua y, por consiguiente, más verdadera—la más terrible también y la más implacable: ¡Baal!... Y aun hoy el Baal que concibo es *Baal Zéboub*, el Gran Destructor.

He visto los antiguos templos de la América central, donde le adoraban de un modo menos comprensible para nuestras inteligencias del antiguo mundo; le he buscado también allá en los santuarios destruidos, entre los muros cubiertos de bajo relieves misteriosos, vestigios de una antigüedad que no es la nuestra y que ya no se conoce.—Pero no, aquel era

un Baal lejano y extraño; yo no concibo así al sol que ha producido las razas humanas, de piel amarilla y de piel roja, y la naturaleza toda de esas regiones lejanas. Y allí, deseando abrazar á mí Dios, sentía perderme y abismarme en una especie de vacío y de terror sin nombre.

Sólo en nuestro viejo mundo, entre nosotros, es donde yo puedo sentir y comprender un poco, al Baal creador y destructor, cuando se eleva en el cielo, siempre profundo y azul, por encima de las blancas y muertas aldeas del Islám, ó de las grandes ruinas de este Oriente, que es nuestra cuna. Sobre todo, cuando pasa sobre el Africa musulmana y sobre el infinito de las arenas del Sahara;— más tarde, cuando yo sienta acercarse á la vejez pálida y triste, iré á ese gran desierto á llevar mis huesos á blanquear.

...Todo esto que estoy diciendo, no lo entiende nadie.—No me comprendería ni aún ese amigo que viene á mi lado, y que sabe leer mis más secretos pensamientos.—Estas son intuiciones misteriosas, que vienen de no sé dónde, y que en algunos instantes se apoderan de mí; apenas me atrevo á formularlas y á escribirlas...

## XIII

20 de Julio de 1880.

Un año después,—en mi país.—El tiempo espléndido de Junio.

Había llegado hacia dos dias á mi casa.—Sentado en el patio, bajo las parras y las madresevas, miraba á Suleima (la tortuga) andar al sol sobre el blanco empedrado.

Estaba aún en esos primeros momentos en que dura la alegría de la llegada.

Porque ese placer que uno siente, después de abrazar á su madre, y de volver á ver á todos los que ama,—hasta á los fieles criados que han concluido por ser de la familia, y á los cuales se abraza también,—se prolonga en seguida, por una multitud de pequeños detalles enteramente desconocidos, para el que no se ha marchado nunca.

Se necesitan lo menos tres ó cuatro dias para volver á encontrar, una después de otra, las mil dulzuras y las olvidadas costumbres del hogar.

Se mira á todas partes: los rosales han brotado, las plantas han crecido, todo está más frondoso y